

Tres casos peculiares de comunicación

El “Ponny Express”,
la prensa ante la voladura del “Maine”
y la radio en Sevilla, 1936



RODRIGO CALVO TORNERO

INTRODUCCIÓN

Filípides corrió desde Marathon hasta Atenas para llevar la noticia de una victoria. Habría infinidad de casos y ocasiones en las que un guerrero corriera para llevar la exclusiva de un lugar a otro; pero él pasó a la historia, a la historia de la comunicación, específicamente.

El periodismo se pierde en la noche de los tiempos, pero no será desatino afirmar que Heródoto lo inventó, o al menos que él fue un portento de periodista. O de historiador ¿Escribía a caso para sus contemporáneos o hacía ya Historia como disciplina que estudiaran los alumnos de la Academia?

Heródoto viajó cuanto pudo para ver “in situ” cuanto se podía ver, pero sobre todo para contarlo. Él no podía ver las cosas o a las gentes lejanas y enviar luego un fax a Atenas o a Alejandría, pero podía escribirlo para que lo leyeran luego, más tarde o en el transcurso de los años y los siglos.

El suceso, el hecho, la batalla, la guerra; o la geografía, los pueblos, las razas, los países eran objeto de estudio, y cuanto menos tiempo tardara

en informar a la metrópoli, mejor. Para ver el suceso del Vesubio, y su manto de fuego sobre Herculano y Pompeya, Plinio el Viejo se acercó más de la cuenta. Citamos la enciclopedia virtual:

“El 24 de agosto de 79, cuando se produce la erupción del Vesubio que sepultó a Pompeya y Herculano, se encontraba en Miseno. Queriendo observar el fenómeno más de cerca y deseando socorrer a algunos de sus amigos que se encontraban en dificultades sobre las playas de la bahía de Nápoles, atravesó con sus galeras la bahía llegando hasta Stabies (hoy Castellamare di Stabia), donde murió, posiblemente asfixiado, a la edad de 56 años”.

Inexorablemente, la curiosidad mata; pero Plinio el Viejo, y también su sobrino Plinio el Joven eran historiadores, y periodistas.

Después del hombre corredor (Filípides) que ha de comunicar una buena (o mala) nueva, el caballo, o el carro de caballos. El équites puede ir por un camino estrecho, vereda, o de herradura; pero el carro necesita más anchura. Y si se cruza con otro son dos, seis metros: una calzada. Roma llenó su imperio de calzadas para facilitar los viajes de colonos, legiones y comunicación.

Si estaba el Mare Nostrum, o la mar oceana, en medio no había más medio, o remedio, que la nave, galera, nao, carabela o galeón, etc. y desde una orilla a otra, la comunicación: cartas de relación, comunicados para informar a la metrópoli de esto y aquello. Por ejemplo las de Hernán Cortés, o los textos de Gomara, Cieza de León, Herrera, Pedrarias de Alместo y tantos otros cronistas de Indias: periodistas al fin y a la postre.

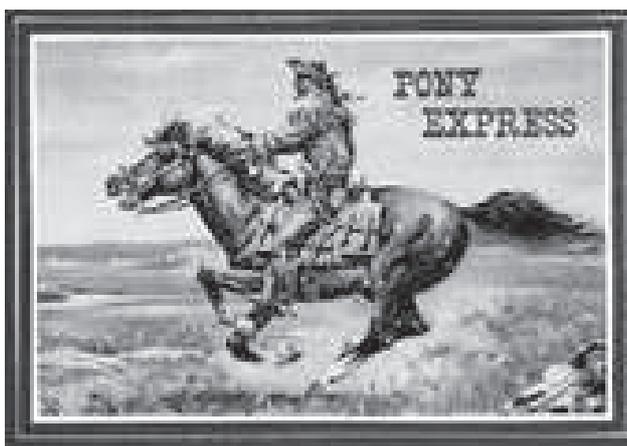
Tras la conquista de Tenochtitlán, imperio azteca, la del Tahuantinsuyo, el incario, es decir virreinos de México y Perú, y luego la Conquista del Oeste. Saint Louis, las caravanas, las grandes praderas, el far west, los mitos. Noticias de los primeros colonos que llegaban a California, la fiebre del oro. ¿Cómo se comunicaban Este y Oeste antes de que un ejército de chinos colocara los raíles del tren? Las diligencias.

“Una de las necesidades más perentorias era la de establecer una rápida comunicación postal entre ambas costas” (G. Doval). “En tanto el telégrafo no se extendiera, el servicio de correos era el único medio de mantener en comunicación a las entidades y a las personas” (el mismo autor).

“La diligencia como servicio de transporte de pasajeros había hecho su aparición en Norteamérica al oeste del Mississippi hacia 1820, cuando se inauguraron varias líneas de ida y vuelta con cabecera en Saint Louis, Missouri” (el mismo autor).

“Pero el hombre que iba a unir su nombre al primer transporte a través del continente vía diligencias fue John Warren Butterfield, que creó el primer enlace transcontinental con diligencias entre Saint Louis y San Francisco, un recorrido de 4.500 kms, a realizar en un máximo de veinticinco días.” (el mismo autor).

La comunicación podía realizarse, y de hecho lo hacía, por otro medio: el río, el río Mississippi; pero era un trazado y una distancia determinados. Había que llegar al otro extremo del continente, y más deprisa, mientras se tendían las vías férreas del ferrocarril en ciernes. Un jinete a galope tendido.



EL PONY EXPRESS

Seguimos leyendo a Gregorio Doval en “Breve historia de la Conquista del Oeste”:

De todos los medios utilizados por los estadounidenses del XIX en su frenética lucha por ganarle tiempo al tiempo, no hubo otro que inflamase tanto la imaginación y diera a sus protagonistas más tintes heroicos que el Pony Express, el servicio de correos a base de postas a caballo (...) En 1845 un mensaje desde Washington tardaba unos seis meses en llegar a California (...) En 1860, el medio de comunicación más rápido era la línea de diligencias Butterfield Overland Mail, que tardaba unos veinticinco días(...) Esos plazos eran aceptables para una persona, pero no para una orden, un comunicado o una ley.

Hasta que el telégrafo y el ferrocarril diesen otras soluciones, la única posibilidad era poner en funcionamiento un enlace postal a caballo.

Esta solución obtuvo el apoyo federal y el proyecto de unir Missouri con California mediante correos a caballo empezó a tomar cuerpo. En el núcleo inicial de la idea participaron los tres socios de la empresa de diligencias. Russell, Majors & Wadell.(...)

El proyecto implicaba una salida semanal, de tal modo que el correo tuviera garantizada esa frecuencia; y la duración del viaje no podía exceder de diez días. Como la marcha estaba prevista a galope tendido en todo el trayecto, no quedaba más remedio que cambiar de caballo como mínimo cada 15/24 kms. (...) Eso significaba establecer 190 relevos, es decir, montar 190 instalaciones donde la posta fuera trasladada a un caballo fresco que aguardara la llegada de su congénere. (...) la cuadra que se adquirió fue de 500 caballos.

Luego estaba el asunto de los jinetes que, afortunadamente, no faltaban (...) Cuando la compañía puso un anuncio en marzo de 1860 solicitando jinetes para el Pony Express, decía: “Se necesitan jinetes jóvenes, delgados, resistentes, no mayores de 18 años, y dispuestos a asumir riesgos mortales casi a diario...preferentemente huérfanos”, todo ello por 25 dólares a la semana. Al final, unos 500 jinetes trabajaron para la Pony Express en los dieciocho meses que duró la audaz y fugaz experiencia.

El recorrido, tras cruzar el Missouri, llegaría por Kansas y Nebraska y seguiría por el curso del río Platte bordeando Colorado hasta Fort Laramie y Wyoming; seguiría por el curso del río Sweetwater hasta Salt Lake City; pasaría el desierto de Utah y Sierra Nevada hasta Sacramento, y desde allí en un vapor por el río hasta San Francisco.

Las estaciones se distribuyeron por todo el recorrido a una distancia que oscilaba entre 15 y 24 kms; el jinete era sustituido cada cinco o seis postas; la mochila iba en la grupa del caballo sujeta por el peso del jinete, que no podía sobrepasar los 46 kilos.

Cumpliendo esos requisitos, a las siete y media de la tarde del 3 de abril de 1860 partieron simultáneamente de Saint Joseph y San Francisco los dos jinetes que inauguraban la línea en sus dos extremos. En Saint Joseph, Russell y Majors pronunciaron sendos discursos antes de entregar la saca al primer jinete, llamado, al parecer, Johnson William Richardson, y contenía 49 cartas, cinco telegramas y otros documentos (...) En el otro extremo, se cree que el primer empleado que partió de San Francisco y llevó la saca en el vapor “Antelope” hasta Sacramento fue James Randall, y el primer jinete que partió al galope desde esta ciudad fue William “Sam” Hamilton.

(...)Los jinetes desarrollaron pronto un estilo propio de montar y desmontar. Al llegar, el jinete saltaba de la silla, cogía su mochila y la colocaba deprisa en el caballo fresco, montaba de nuevo y espoleaba al

caballo. Todo en menos de treinta segundos. (...) Los peligros eran muchos: indios hostiles, salteadores de caminos, inclemencias atmosféricas, etc (...) El Pony Express vivió innumerables incidencias y sólo algún ataque indio a las estaciones de relevo obligó a la suspensión temporal del servicio.

Un jinete, llamado Jack Keetley, cabalgó sin descanso durante treinta y una horas, en las que superó los 400 kms. Otro, Robert Haslam, conocido como "Pony Bob" después de haber salido ileso de un ataque de los indios paiutes, que habían masacrado a todas las personas en un puesto de relevos, batió los records de velocidad y distancia de toda la historia del Pony Express: recorrió 140 kms en ocho horas y diez minutos, a un promedio de 18 km/h.

(...) Pese a su popularidad, muchos jinetes tuvieron una corta trayectoria en el Pony Express. Algunos murieron en acto de servicio y otros, tras el cobro de lo estipulado, se retiraban al conocer la dureza real de aquel empleo (...) Quedó como orgullo del Pony Express que sus jinetes fueron portadores de algunas noticias que configuraron la historia de estados Unidos, como por ejemplo la elección de Abraham Lincoln como nuevo presidente de E. U.

(...) El servicio anunció su cierre el 24 de octubre de 1861, dos días después de que el primer telegrama transcontinental llegara a Salt Lake City. El último viaje se realizó en noviembre de 1861.

(...) En lo financiero resultó un total fracaso. El balance final habla por sí solo: había ingresado 90.000 \$ y había gastado 200.000. Un desastre financiero, pero que en términos de esfuerzo humano, valentía e inspiración había sido un éxito clamoroso. (...) Una epopeya que, por cierto, antes de remontar su vuelo, estaba a punto de verse agitada por sangrientos vientos de guerra.

Un ejercicio de comunicación que quedó atrás para siempre, y que duró tan poco como un año apenas; pero que, sin embargo, ha dado tanto que hablar y que escribir. Porque aquellos muchachos, a galope tendido por la inmensa geografía del continente americano, escribieron una página sorprendente y extraordinaria en la historia de los medios de comunicación.

Al cabo, la diferencia entre las prisas de Filípides por llevar una noticia y las de James Randall no dejan de ser las mismas, con sus diferencias fundamentales: uno sirviéndose de sus piernas y el otro de las extremidades de su cabalgadura. En ambos casos, pasaron a la Historia de la Humanidad, o de la Comunicación.



W. R. HEARST, EL MAINE Y EL 98

Un hombre a caballo llevaba noticias de un extremo a otro del continente americano, una forma de comunicación. En su alforja sin duda iría también alguno de los periódicos que se imprimían ya en Saint Louis, Washington o San Francisco.

Los periódicos, la prensa escrita. ¿Es la prensa el cuarto poder? ¿Cómo influyó la prensa en el desarrollo de los acontecimientos que se producían, cuando hemos terminado el breve relato de la historia del Pony Express? ¿Qué habían dicho editoriales y articulistas en los diarios de Washington, Nueva York o Richmond en aquel año 1861 en el que se desencadenó la Guerra de Secesión Norteamericana?

En pleno desarrollo de las hostilidades entre las partes en conflicto, la Unión de Abraham Lincoln y la Confederación de Jefferson Davis, en el año 63, en San Francisco, nació William Randolph Hearst. De la vida y obra de Hearst se ha escrito tanto y tan profuso que difícilmente podemos añadir alguna de sus noticias. Nos remitiremos al retrato que de él hizo Orson Wells en “Ciudadano Kane”. Pero podemos leer algunas opiniones, como por ejemplo lo que dice la enciclopedia virtual:

Ampliamente conocido por usar los medios como auténticos instrumentos políticos, además de ser el más afamado de los promotores de la prensa amarilla, se valió de generar escándalos y de la manipulación mediática, para lograr que sus intereses comerciales y políticos se viesen beneficiados, siendo los casos más resaltantes su intervención para que la Guerra hispano-estadounidense aconteciera y sus periódicos fuesen los que obtuviesen las primicias,

Hearst es recordado particularmente por el incidente de la guerra de Cuba de 1898. Una escalada creciente de tensión surgió entre España

y Estados Unidos a causa de la situación de Cuba, colonia perteneciente a España. Esta tensión diplomática fue alimentada por Hearst, según muchos con el único objetivo de vender periódicos, si bien según la posterior película de Orson Welles, la guerra facilitó el anhelado dominio del Canal de Panamá, de gran valor estratégico.

Cuando, en medio de la guerra de Cuba (1898), el acorazado estadounidense Maine explotó en el puerto de La Habana (Cuba), fue Hearst quién señaló a España como culpable de un supuesto sabotaje e instó al por aquel entonces presidente estadounidense William McKinley a iniciar una guerra contra los españoles, algo que el gobierno no tenía en mente.

De ser todo cierto, que así parece, he aquí un ejemplo diáfano de comunicación al servicio de unos intereses espurios. Y nada menos en el seno de la sociedad de una nación en la que la democracia, en su más amplio y auténtico sentido, era pilar incuestionable desde la primera palabra de su constitución y sus leyes.

Si ni siquiera tenía en mente empezar una guerra contra los españoles ¿Qué impulsó a McKinley a declarar tal guerra? La opinión norteamericana fue animada y enfervorizada por la propaganda belicista que aparecía en los medios de comunicación, entonces la prensa escrita, propiedad de Hearst. Nada menos que:

Los Angeles Examiner, The Boston American, The Atlanta Georgian, The Chicago Examiner, The Detroit Times, The Seattle Post-Intelligencer, The Washington Times, The Washington Herald y su periódico principal The San Francisco Examiner.

Además controlaba empresas editoriales, compañías y emisoras de radio, así como revistas, tal es el caso de *Cosmopolitan, Town and Country* y *Harper's Bazaar*, entre muchas otras.

Desde tan poderosos medios de comunicación W. R. Hearst logró su objetivo: Declarar una guerra para vender más ejemplares y aumentar desconsideradamente su imperio mediático y financiero.

En el tomo 12 (La Restauración) de la Historia de España de la Editorial Planeta, podemos leer:

La voladura del Maine. La llegada a la presidencia de Estados Unidos de McKinley precipitó los acontecimientos (...) el hecho de que se fueran acelerando a finales de 1897, sin que las reformas de Moret bastasen para cambiar su curso (...) el embajador norteamericano Woodford

entregó una nota al gobierno de Madrid en la que los estados Unidos volvían a proponer una mediación en el conflicto cubano (...) Mckinley formuló la exigencia de que España pacificase en brevísimo plazo la isla de Cuba o le diese su “plena libertad” (...) El cónsul americano, Lee, declaró amenazados los intereses de su país y el gobierno americano mandó un buque a aguas antillanas. El 25 de enero llegó el “Maine” al puerto de La Habana, a lo que se respondió enviando el “Vizcaya” al puerto de Nueva York.

En el intervalo, la prensa americana, y en especial la del magnate Randolph Hearts, daba a conocer la correspondencia privada (robada por un agente cubano) del embajador español en Washington, Dupuy de Lome, con Canalejas (presidente del Consejo de Ministros), con juicios negativos referidos a Mckinley y su política (...) el 15 de febrero una bomba, de origen desconocido, voló el “Maine”.

226 hombres murieron en aquella extraña explosión. Dice Miguel Leal Cruz en “Cuba 98. La voladura del Maine. ¿Provocación de guerra?”:

La opinión actual, incluida la de intelectuales norteamericanos, es clara al respecto: “La extraña voladura del acorazado Maine, la noche del 15 de febrero de 1898 en el puerto de La Habana, fue probablemente preparada por los Estados Unidos en su desesperado propósito de participar en la guerra cubana en pro de sus muchos intereses en la isla, que la justificarían” –la prensa alemana, incluso alguna inglesa, nunca tenida en igual consideración, así lo consideraban–.

Pero es que hay algo peor: *El yate de Hearst estuvo anclado en lugar próximo al Maine, hasta cuatro días antes de la voladura adonde había llegado de forma extraña e imprevista hasta que fue expulsado por fuerzas del propio Paglieri (se refiere a José Paglieri, jefe de la Guardia Civil y de la Policía de la Habana).*

A la postre, la guerra fue declarada y al final de la misma 60.000 españoles muertos (50.000 por enfermedades), 15.000 cubanos y 5000 norteamericanos. La crisis del 98. Una fecha mítica en nuestra Historia y para nuestra Literatura. La Generación del 98, término acuñado por Azorín, es hoy un grupo de eminencias literarias (Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Machado, etc), que han alcanzado la consideración de clásicos.

La guerra que desencadenó la propaganda de un magnate excéntrico como Hearst dejó a España sin las últimas colonias del derruido imperio, pero impulsó una corriente de talento de la que podemos sentirnos ufanos.

Y respecto al megalómano y todopoderoso dueño de la prensa norteamericana, de poco le valieron todas sus extravagancias; porque ni siquiera llegó a desembalar las piedras del monasterio cisterciense de Santa María de Segovia, que había comprado una a una; tal era su afán por poseerlo todo.

En todo su esplendor estaba ya el imperio mediático creado por Hearst, cuando, en julio de 1936, en España, buena parte del ejército y de la sociedad civil se alzaban en armas contra el Gobierno de la Segunda República.

No vamos ahora a discernir sobre las causas, la razón, los antecedentes ni toda la profusión de circunstancias que llevaron a una parte importante de los españoles de aquel año a tomar las armas contra los otros. Los hechos pertenecen al pasado y son inamovibles; pero ahora nos interesa, precisamente, una de aquellas circunstancias relacionada con los medios de comunicación: la radio, la radio en Sevilla en aquellos días agitados del julio de 1936.



LA RADIO. SEVILLA, JULIO 1936. QUEIPO DE LLANO

Las tecnologías modernas, cotidianas, nos permiten escuchar hoy algunas de las arengas que D. Gonzalo Queipo de Llano pronunció desde la radio de Sevilla en aquellos días. Asomémonos a internet y en "youtube" podemos oír la voz del general que dice: "Soldados rojos: dejad las armas, el Caudillo perdona y redime, seguid el ejemplo de vuestros camaradas pasados a nuestras líneas. Sólo así lograréis la victoria, alegría en el hogar y paz en el alma".

Volvamos a aquellos días y veamos la situación. El Alzamiento había tenido éxito en buena parte de la geografía nacional. En Castilla, Aragón, Cáceres y algunas zonas del norte y del centro, y en algunos núcleos dispersos,

la fuerza del ejército “nacional” se había impuesto por las armas. Sin embargo hubo algunas ciudades que quedaron en poder de los sublevados, pero rodeadas de fuerzas fieles al Gobierno de la República. Como fue el caso de Sevilla. Veamos que dicen algunos autores.

Anthony Beevor, en su libro sobre la Guerra Civil Española dice:

En su primera alocución por radio Sevilla, el mismo día 18, el general Queipo de Llano señalaba los primeros objetivos de los golpistas: “La marina de Guerra, siempre fiel a los latidos de la Patria, se encuentra en masa con nosotros. Gracias a su ayuda, el traslado de tropas de Marruecos a la Península ha de ser rapidísimo y pronto veremos llegar a Cádiz, Málaga y Algeciras las columnas gloriosas de nuestro ejército de África, que avanzarán sin reposo sobre Granada, Córdoba, Jaén, Extremadura, Toledo y Madrid”.

En Andalucía, las fuerzas de Queipo no habían conseguido hacerse con mucho más que el centro de Sevilla y el aeródromo desde el que partieron aviones privados en tarea de reconocimiento y para lanzar bombas de mano.

Evidentemente la situación en Sevilla en aquellos días de julio de 1936 tuvo que ser no poco tensa y conflictiva. Para unos y otros, tensión e incertidumbre. Habría que actuar con decisión y astucia, y en realidad eso fue lo que hizo el jefe de los sublevados, Queipo de Llano, al que unos ensalzarán y otros condenarán inexorablemente; pero al que, desde luego, no podremos discutirle la ocurrencia, ¿genial?, de emplear, entonces, un medio de comunicación como la radio, para llevar a cabo sus propósitos. Y a fe que lo hizo. Seguimos leyendo sobre lo sucedido aquellos días.

La ciudad de Sevilla cayó en manos de los rebeldes gracias a la astucia del general Queipo de Llano, luchador por la República en 1930 y ahora implicado en la conspiración. Era director general de Carabineros y ello le permitía trasladarse por las principales ciudades sin despertar grandes sospechas. En ese 18 de julio, en la capital andaluza, el calor arreciaba y muchos oficiales estaban de permiso. El general sólo había convencido a un número exiguo de militares. Con ellos se dirigió al despacho del jefe de la 2ª División Orgánica, Fernández Villa, que mostró una actitud pasiva e indecisa. (...) El general sublevado se nombró Jefe de la 2ª División, reunió a unos cuantos soldados y civiles, liberó a los falangistas encarcelados y declaró el estado de guerra (...) Otros comités, como el de Motril o el de defensa de Ronda tuvieron una vida efímera, sin coordinación entre todos ellos, en constante amenaza por los bombardeos aéreos y por las noticias de una inminente conquista de los militares rebeldes, avaladas por las charlas radiofónicas de Queipo de Llano:

“La guerra civil toca a su fin (¡y no había hecho más que empezar!). ¡Ay de aquellos que caigan en nuestro poder!”, proclamaba éste por las ondas el 30 de agosto.

Historia de España. Tomo 11. Editorial Planeta.

La sorpresa, el desconcierto y, sin duda, el miedo, creados por aquellas noticias falsas que llenaban las ondas, hicieron eco en las fuerzas leales a la República, temerosas de que, de un momento a otro llegase el grueso del ejército de África. Como así fue. Y hasta ese momento fue, efectivamente, la astucia del general Queipo de Llano la que consiguió mantener a la ciudad de Sevilla como núcleo rebelde del que posteriormente partirían los llamados cuerpos de ejército nacionales. Leamos:

“La lucha por Sevilla era clave para la evolución de los acontecimientos en el Sur. Gabriel Jackson afirma lo siguiente: “A primeras horas de la noche del día 17 de julio los trabajadores convocaron una huelga general. Durante aquella y los días que siguieron, Queipo estableció su dominio de la ciudad por una combinación de audacia, terror y propaganda. Sus soldados, vestidos con pantalones bombachos y con la cara embadurnada con agua de castañas, para que parecieran moros, hicieron incursiones armadas con ametralladoras y disparando desde los camiones que corrían rápidamente por las barriadas obreras. Mientras tanto, el general hablaba por la radio con frecuencia para decir a los sevillanos que el golpe había triunfado en todas partes, que él estaba por completo a favor de las reformas sociales de la República y que no vacilaría en fusilar a cualquiera que fuera lo bastante loco como para no aceptar el nuevo régimen inmediatamente”.

HISTORIA DE ESPAÑA, vol. 13. Instituto Gallach.
Grupo Editorial Oceano. Barcelona 1994.

Habrán opiniones para todos los gustos. Ensalzarán la figura de Queipo o verterán sobre él las mayores ofensas. Autores de un signo dirán que fueron unos días de valor y astucia, y los del signo contrario dirán que la infamia y la crueldad fueron la bandera de los sublevados. Al cabo, tanto nos da. Lo que es evidente es que se dio un caso en el que la comunicación –la radio como elemento comunicador importantísimo– contribuyó decisivamente en el resultado de unos hechos lamentables.

Leemos la parte final de la información de la enciclopedia virtual:

El bando sublevado utilizó en su propaganda de guerra algunos de los episodios del golpe de Estado en Sevilla, tergiversándolos. Queipo de Llano lo hizo frecuentemente en sus numerosos discursos radiofónicos. Por ejemplo, de la columna minera dijo que había tenido la intención de «volar Sevilla», mientras que el comandante Haro propaló el bulo de que pretendían dinamitar la Giralda.

En torno a la figura de Queipo de Llano se construyó una leyenda que pretendía exagerar su valor y su astucia. Se hizo creer que Queipo tomó Sevilla con solo un puñado de soldados y que consiguió que los barrios de izquierdas se rindieran simplemente paseando a tropas moras montadas en camiones. En realidad, los golpistas contaron con varios miles de soldados, casi toda la guarnición de Sevilla, excepto la Guardia de Asalto y la base de Tablada. Una crónica anónima titulada Historia del alzamiento glorioso de Sevilla y publicada en 1937 detalla los nombres de 5782 hombres que lucharon en el bando sublevado aquellos días. Los barrios de izquierdas solo fueron conquistados tras violentos combates.

Los partidarios de Queipo narraron los arrestos de Villa-Abrille y de Allanequi como tensas escenas en las que Queipo se impuso por su astucia y su arrojo, actuando casi en solitario. En realidad el general siempre estuvo acompañado de un nutrido grupo de oficiales golpistas, Villa-Abrille no puso objeciones en someterse y a Allanequi le tendieron una encerrona. Por otra parte hoy se sabe que el verdadero cerebro del golpe de Estado en Sevilla no fue Queipo de Llano sino el comandante José Cuesta.

Tal vez fuese así, parecido o nada similar. Un hombre corriendo por una vereda griega, un jinete a galope tendido por la pradera de Colorado, el megalómano Hearst manipulando la información o un general lanzando al aire proclamas de amenazas y victoria... la comunicación. Ejemplos peculiares a lo largo de la Historia.